

Capítulo 25. El cuarto mandamiento. Puré de manzanas y la pierna del pantalón. Música y amor.



A la mañana siguiente, Tomás continuó su viaje hacia Berlín. Iba caminando a lo largo del tren en búsqueda del compartimento de primera, cuando pasó frente a un vagón de cuarta clase. Desde una de las ventanas abiertas una recia joven campesina estaba bobeando. Él la saludó con una inclinación de cabeza, lo que ocasionó que ella retrocediera riendo, entonces él continuó su camino y pensó, al ver dibujada en el vagón la cifra 4, en las palabras del cajero sobre los áridos números. Así, mientras agrupaba frente a sus ojos toda una serie de números y se le presentaba una loca danza de ocurrencias, vio de repente a un tipo de anchos hombros, que traía a sus espaldas un paquete cubierto de cuero; este hombre estaba ayudando a una viejecita a subir los altos escalones de la cuarta clase y le alargaba sus dos canastas cubiertas con servilleta a cuadros rojos y blancos. La mueca de la mujer, que obviamente quería expresar simpatía y agradecimiento, impresionó a Tomás de manera penosa y, por supuesto, lo atrajo. Sin preocuparse ya más por su boleto, siguió al hombre del paquete por el compartimento de cuarta clase.

La aparición de una persona que no correspondía con el ambiente, ni por su ropa ni por su comportamiento, causó sensación y rechazo entre los ocupantes del compartimento. El barullo se detuvo de repente, y todas las miradas se dirigieron al extraño.

La muchachita, que poco antes había retrocedido perpleja a causa del saludo de Mundete, estaba sentada muy cerca de la puerta. Cuando lo vio entrar se puso roja y con un áspero ademán se volvió hacia su vecino, un muchacho de pelo negro y crespo, que tenía ante sus pies un costalito con instrumentos de cerrajero. El muchacho le lanzó una mirada interrogativa y llegó a concluir, por la manera en que ella alzó despectivamente los hombros y frunció la comisura de los labios, que estaba exagerando y que, en el fondo, se sentía muy adulada; así pues, le dio una buena revisada con una mirada hostil al recién llegado, luego se agachó y se puso a revolver las cosas dentro de su costalito. Tomás estaba bastante preocupado con sus propios pensamientos, como para fijarse en el grupo que estaba en la puerta. De inmediato se dirigió al otro extremo del vagón y se plantó frente a la vieja de las canastas y el hombre del paquete, que habían alcanzado asientos en la orilla de la banca.

Ante sus ojos flotaba la imagen del número 4 que estaba dibujado en la puerta del carro, y ya que se había propuesto tomar a esas dos personas por madre e hijo, aprovechó la ocasión para echar un sermón.

-¿Cuál es el cuarto mandamiento? -le preguntó al tipo.

Este se quedó mirándolo con cara de estúpido, le dio un codazo a su vecina y luego se volvió despacio y asustado hacia otra parte.

-Claro que usted solito se lo sabe -le dijo Tomás bruscamente-. No tiene necesidad de que su vecina le esté soplando, así que...

El hombre pasó sus dedos por las correas de su paquete, se movía en el asiento de un lado para otro, y levantó la mirada hacia Tomás, con la repentina decisión de oponer resistencia. Luego cerró los ojos y ladeó la cabeza. -Honrarás a tu padre y a tu madre -fue saliendo lentamente de sus labios.

-Sí, y luego... -insistió Tomás- ya que usted es el último de la banca debe saberlo -mantenía a su víctima bajo su mirada y, en verdad, el hombre obedecía.

-Y para que te vaya bien, y... -dijo- y... Dios y mil rayos, ¿qué derecho tiene usted a preguntarme?

-... y vivas largos años en la Tierra -finalizó Tomás y dejó de lado la protesta del hombre con un movimiento de su mano-. Eso es lo principal. Para que te vaya bien. Mire usted, todos los demás mandamientos, usted también puede escuchar -se interrumpió y le dirigió una mirada estimulante a la vieja- todos los demás mandamientos nomás están añadidos. No matarás. No hurtarás.

-No cometerás adulterio -continuó un jovencito, que aun traía en su brioso cabello el aroma de la peluquería donde había trabajado el día anterior, y mostró el puño derecho de la camisa, aunque éste había ido perdiendo bastante su primitivo color blanco a causa de las cabezas envaselinadas de sus clientes.

Su afán resultó contagioso, pues luego se dejó oír de enfrente la voz de un señor con gorra en forma de balón, que trataba de hacer notorias sus facciones, pues a falta de cuello traía un grueso pañuelo amarillo. -Santificarás las fiestas.

-Muy bien -Tomás volvió a apoderarse de la palabra-, les agradezco su estímulo. Es muy bueno que las personas expresen sus principios de vida de una manera tan libre y franca, ya sea en forma negativa o positiva.

Ambos se miraron perplejos, en tanto un jovencito de unos quince años soltó una carcajada; éste se hallaba sentado sobre un cofre de la época de sus abuelos y a modo de diversión balanceaba entre las piernas, hacia adelante y hacia atrás, un gran pañuelo rojo donde traía envuelta su comida.

-Así pues -recomenzó Tomás-, todos estos mandamientos están allí en su desnudez, como simples órdenes o prohibiciones; es bien posible obedecerlos. En el cuarto mandamiento el buen Dios, por boca de Moisés, encuentra oportuno hacer una promesa, pues no se atreve a hacer imprecaciones u ofrecimientos cuando se trata de la adoración de su propia persona, tal como lo demuestran el primero y el segundo mandamientos. Honrar a los padres es, sin más ni más, antinatural, de manera que sólo puede lograrse mediante soborno.

El muchacho que estaba sentado sobre su equipaje dejó de mover su envoltorio. -Eso lo voy a tomar en cuenta -parecía decir ese repentino estatismo.

-Los judíos siguen siendo los mismos -tomó entonces la palabra uno que estaba parado detrás de Tomás, alzando sus enjutos y tirantes hombros más allá de lo acostumbrado. Sus magros rasgos acongojados por la pena y las privaciones se habían exaltado con las pasiones del odio y la envidia y su voz alta y cortante dejaba caer cada sílaba doblemente aguda-. Hoy en día organizan en sus periódicos concursos de enigmas que nadie puede resolver, pero tras el prometido reloj de oro para caballero o el servicio de café caen muchos tontos, aunque las preciosidades nunca llegan a repartirse. Y el viejo judío Moisés, a quien hacen el honor de llamar Dios, también ofrece como premio por tareas que nunca llegarán a cumplirse magníficas promesas, sí, las más hermosas del mundo: felicidad y larga vida. No tiene por qué temer que alguna vez se le pueda reclamar su cumplimiento. No matarás, ¿quién podría guardar este mandamiento? Matamos ininterrumpidamente, ininterrumpidamente, vivimos de la muerte, ininterrumpidamente -se calló, apretó los labios y dirigió su mirada hacia el suelo.

Tomás lo contempló con agudeza. -¿Estudiante? -preguntó.

- *Studiosus verum naturalium* , por supuesto. Después de cuatro años de inútil búsqueda de Dios como teólogo.

-Usted tiene razón, los judíos son el elemento conservador del mundo. Aquel que es conservador, por lo menos piensa como judío, ya que prefiere reducir los beneficios de otras gentes, en lugar de los suyos. Pero usted parece que aún no ha podido superar del todo los prejuicios teológicos. Todavía busca la ayuda de arriba -Tomás señaló las correas de cuero que colgaban del techo, a las que se asía el estudiante convulsivamente. En ese mismo instante entró el tren en la estación y se detuvo. Tomás perdió su punto de apoyo con la repentina sacudida, manoteó en el aire y, felizmente, agarró la correa, lo que le impidió caerse; sin embargo, en el bamboleo no pudo evitar meter el pie en la canasta de la vieja campesina. Alguna vasija se hizo añicos y una masa blanda, pegajosa y viscosa se derramó alrededor del pie de Mundete.

-Oiga señor, mi puré de manzana -gritó la vieja con una mirada de furia y...

-Linda Rosita -contestó Tomás, mientras todos se carcajaban y él intentaba sacar su otro pie del pantano. Entonces supo por qué la vieja lo atraía y repugnaba, pues se parecía a su supuesta nana Trude.

Se armó una sublevación general. En tanto el hombre del paquete de cuero maldecía y la vieja repelaba, para luego unirse en la exigencia de la reparación de daños; en tanto el muchacho, sentado en el cofre, agitaba su envoltorio en el aire y pataleaba encantado; en tanto el ayudante de peluquero y el tipo con el pañuelo al cuello estaban del brazo y lanzaban risotadas por encima del caritativo estudiante, que se había agachado; en tanto la joven campesina se había apresurado y estaba muy inclinada, con las manos en las rodillas, para ver cómo la pierna con el puré se iba alzando lentamente y jalaba la blanda y viscosa papilla, hasta se sonreía maliciosamente con el celoso cerrajero. Mientras todo esto sucedía, Tomás se quedó allí internamente inmóvil, jalando la pierna hacia y hacia arriba, mientras veía pensativo la masa café oscura que iba saliendo de la canasta y trepaba por su pierna. -Es pegajoso -dijo finalmente, llevó su mano hacia abajo y la metió en medio del puré; así fue como logró zafar el pie trabado, a cambio de una mano totalmente llena de puré, con la que no supo nada mejor que hacer y se la limpió en su cabello, y como no era suficiente, en la pierna de su pantalón-. Es pegajoso -repitió mientras se chupaba el dedo y luego, mirando despectivamente a la vieja, continuó-: y está dulce. Eterna manzana del pecado, aun cocida te cuelgas de los talones del hombre y lo jalas hacia el dulce pecado, y los pechos flácidos, que ya hace tiempo perdieron la limpidez rebosante de la manzana, seducen a Adán. Pegajoso y dulce, ése es el poder maternal. Madre, nodriza, nodriza ficticia, a fin de cuentas, todo es la misma cosa, es decir, la nostalgia por la dulce calma del pegajoso seno materno, hasta que la madre tierra se abre para dejarnos dormitar en la oscuridad del sepulcro -extendió su pie hacia la vieja, que rascaba con mucho empeño los pedazos de la vasija rota y ponía en una nueva los restos del puré de manzana; lo extendió como si hubiera querido invitarla a recobrar de allí su tesoro. Cuando ella le escupió el pie echando pestes, él lo retiró con estas palabras-: La madre, madre, suena tan maravilloso -sacó un par de monedas de oro y se las alargó a la anciana. Cual ave de presa, el hombre del paquete de cuero avanzó su mano y se las arrebató, aun antes de que la mujer pudiera tomarlas. De inmediato se inició un pleito entre ambos. Tomás se volvió hacia el estudiante, quien estaba muy ocupado en limpiarle los pantalones de color claro y quitarle con papel periódico las plastas que tenía.

-Cuánta razón tenía Jehová en darle un premio al amor por los niños. Vea, pues, de qué manera tan furiosa contienden madre e hijo en cuanto hace su aparición entre ellos el señor dorado. Así, todo niño comienza muy pronto a aguardar la muerte de los padres, a causa de un anillo o bien por una taza.

El estudiante miraba entre asombrado y comprensivo a Tomás, mientras que el hombre del bulto de cuero interrumpió de repente la pelea y se carcajeó de tal forma, que ni siquiera se dio cuenta que la mujer le quitó las monedas de oro. -Tú, vieja -gritó estremeciéndose-, ese piensa que eres mi mamá.

-Sí -bufó ella y se le echó a la cara con las uñas, de manera que él se agazapó lleno de miedo en una esquina-. ¿Te parece que ya no soy lo suficientemente joven, a ti, sinvergüenza, a ti? ¿Qué? Muy bien pude ver que le cerraste el ojo a esa mugrosa muchacha. Pero ésa no va a meterse con un puerco como tú; cualquiera se da cuenta de que ya no sirves para nada, más que para mear. Tú ya te acabaste. Y si yo fuera ese muchacho que está junto a ella, cogería unas ramas espinosas y te apalearía primero a ti, luego a ese lindo piojoso, que anda pisándole a la gente pobre sus pocas pertenencias, el muy cabrón, y, por último, también a esa descarada sinvergüenza.

La agredida comenzó a lloriquear, a poner el grito en el cielo e intentó persuadir a su novio, que estaba allí con gesto huraño; éste, sin decir palabra, blandió en su mano el martillo. El joven de la gorra en forma de balón se lanzó hacia la muchacha como su protector, habló de gente que estaba lista con la pólvora en el gatillo, mientras que otros, con la bolsa vacía, apenas si podían amartillar la pistola. El peluquero se ladeó el sombrero y comenzó a hablar de finos señores que no tenían nada que andar haciendo por allí y que mejor deberían estar en el manicomio, pues sólo querían seducir a inocentes muchachitas. Se desató una tumultuosa gritería. Todos se dirigieron hacia el punto donde Tomás estaba pegado al suelo, con una mano en la correa de cuero y la otra, con todos los dedos separados, alargada hacia la multitud que lo acometía. Era la actitud del orador que intenta apaciguar la excitación de las masas mediante un gesto. El sombrero se le había resbalado por el cuello, y tenía la boca abierta de tal forma que parecía querer devorar al primero

que se le acercara. De repente se detuvo el barullo. Desde la entrada del carro se oían los sonidos de un organillo, que tocaba con tristes gemidos la canción “Abandonado, 3abandonado de mi”. Los enojados rostros se calmaron, se alisaron y luego sonreían: -Un organillo -decía uno y otro añadía- sí, un organillo -y todos los que se apresuraban furiosos hacia el campo de batalla, rodearon al hombre de la pata de palo que, con su gorra de soldado y el estilo de barba del venerable káiser Federico, iba de grupo en grupo tarareando suavemente la melodía.

La corriente se dividió antes de poder llegar a donde estaba el organillero, pues apareció el revisor de boletos diciendo: -¡Ajá!, dejen pasar.

El organillo continuó su melodía, mientras aquel iba de un viajero a otro pidiéndoles su boleto. Al final se acercó a Tomás, que desde hacía rato esculcaba presurosamente todas las bolsas de su traje, pues como de costumbre no podía encontrar el suyo.

-¡Ajá! ¿Ya listo? -dijo el revisor, examinando con desconfianza la pierna café oscuro del pantalón de Tomás-, ¿o acaso piensa viajar de gorra?

Finalmente Tomás encontró el boleto donde debería estar, es decir, en la bolsa interior de su saco, y el revisor miró asombrado la papeleta amarilla.

-¿Qué anda haciendo aquí? -dijo-, la primera clase está al principio del tren -al mismo tiempo, miraba interrogativamente la pierna del pantalón y la mancha de puré en el otro extremo del carro-. ¿Fue usted el que hizo eso? -preguntó, provocando la hilaridad del joven del envoltorio rojo al usar la palabra “hacer”-. Se prohíbe ensuciar y si no quita eso de ahí, lo voy a reportar.

Tomás se sentía tan intimidado que se dio la vuelta y sacó su pañuelo para efectuar la limpieza en la propiedad del imperio prusiano. De repente, recordó que él acostumbraba pagar por su timidez, entonces sacó una moneda de oro y se la dio al revisor.

-Tal vez tendrá usted a bien buscar a alguna persona que quite la mancha; es puré de manzana y ninguna otra cosa -con el dedo tomó un poquito de su pantalón y se lo puso en las narices al revisor. Éste lo olió, como era su deber, y continuó su camino con las palabras:- Ya lo mandaré limpiar.

Tomás suspiró con alivio y muy animado se encaminó hacia el organillo; lo único que le molestaba era que la suela izquierda se le pegaba mucho al piso. Los otros viajeros habían vuelto a sentarse en sus lugares, y el pata de palo se cuadró ante el señor que cojeaba, eso se debió en verdad más a la moneda de oro que al dador.

-No, no, no toque -Tomás interrumpió el movimiento del hombre hacia la manivela-. Ansío tener un intercambio de palabras profundas sobre la más bella de las artes con un experto, y ya que ambos cojeamos -yo lo hago sólo con el pantalón-, pienso que se dará rápidamente un amistoso entendimiento.

El viejo todavía estaba allí cuadrándose y, en verdad, sorprendido con ese divertido discurso. Por fin, balbuceó un ¡sí, señor! E intentó de nuevo poner en acción su instrumento de martirio. Esta vez Tomás le detuvo la mano con fuerza y comenzó a hablar como un torrente.

-Desde luego, ya se habrá dado cuenta de que la música, que entre todas las artes es la que se encuentra menos adherida a la materia, es la más completamente sensual, surge de la sensualidad y tiene efecto sobre la sensualidad. El pájaro canta cuando se aparea y el muchacho obtiene los más bajos tonos de pecho cuando le crecen los pelos del pubis. Todo aquello que es celestial tiene su origen en los órganos sexuales y la música surge mediante los apetitos en el transcurso del contagio interior, sobre lo cual daré una demostración dentro de breves momentos en el buen instrumento del organillero. Permítame usted -continuó diciendo, mientras tomaba la manivela y la hizo girar medio compás-. ¿Qué es esto?

-La oración de una virgen -contestó el organillero.

-Una clavija inserta en un hoyo -dijo Tomás en tono de grandeza-, el cilindro, el hombre; el disco, la mujer. La cuestión es tan sencilla que hasta un niño lo puede entender. La música representa la creación del amor, o bien, para expresarnos más comprensiblemente, de Eros. Por supuesto, ¿usted sabe lo que significa Eros?

-Nooo -dijo el viejo, alargando la sílaba como si se le hubiera hecho la mayor ofensa con esa impertinencia.

-Tampoco hace falta. Usted también lo entiende, un niño lo entendería -alzó el brazo y luego lo hizo descender, el brazo se movió hacia la derecha y después hacia la izquierda, y de nuevo hacia adelante. Entonces Tomás le echó una mirada a su alumno-: ¿Entendido?

El organillero movía la cabeza e intentaba escapar de allí pegado a la pared, donde Tomás lo había acorralado. Pero Tomás lo detuvo con firmeza y repitió sus movimientos.

-Eso es, arriba y abajo, hacia adentro y hacia afuera. Son los principios de la música y de Eros. Así como en el amor el hombre y la mujer se elevan y se hunden, así como los cuerpos se encuentran y separan, así ocurre con la música. El tono es alto y desciende a la profundidad, el tono es fuerte y se extingue en un pianísimo, los sonidos se suceden en un tempo amplio, para transformarse en un furioso delirio. La melodía después de henchirse va extinguiéndose. Imagínese usted un violín. El arco sube y baja, de aquí para allá, de repente rápido y de repente lento, es totalmente una imagen de las relaciones amorosas. El violín, la novia; el arco -en tensión- el amante y el brazo del violinista, el lecho nupcial. Se dice tocarle el violín a una dama.

-Sí -los ojos del anciano brillaron de repente llenos de comprensión, le dio vuelta a la manivela y dijo-: Sí, tocarle el violín.

-Ve usted -gritó Tomás satisfecho y le lanzó una mirada estimulante a la joven campesina, que escuchaba con mucha curiosidad, casi con antojo; el novio trató de volver inocua esa mirada, dándole a ella un fuerte golpe en las costillas-. Ve usted, ahora sí entiende, comprende también por qué en los conciertos las gentes quieren ver la orquesta, pues es un tálamo multiplicado y el director es el violento soberano de la orgía. Y precisamente el director de orquesta con su batuta, que sube y baja y va de aquí para allá, es un invento de Eros; en cierto modo el hombre se transforma en fermento de los testículos y los ovarios. No, no... -Con uno de sus grandes movimientos de brazo borró las objeciones de su oyente, aunque este oyente no tuviera nada que objetar, pues desde hacía rato no entendía nada de nada-. Cuando los solitarios se sientan de manera que no pueden ver al director de la orquesta, no se trata esto de amor por la música, sino de una huida de la excitación. Pues no sólo produce efectos en el ojo el subir y bajar de la orquesta y del director, sino ante todo la batuta. Pensar en los golpes, en los miembros castigados que se encuentran simbolizados en el trombón y en la trompeta, mientras que los tonos de la flauta aclaran los gemidos del golpeado. Los tonos de la flauta hacen comprender... ¿entiende, verdad? Una naturaleza sensible es demasiado, cierran los ojos y se ocultan ante el peligro de la sensibilidad. De ahí también viene la idea de la orquesta oculta, que fue inventada por aquellos que pecan con los ojos... Espere usted -se interrumpió para hacer a un lado a un vendedor de fruta que se le había acercado y le ofrecía unas naranjas-. Luego.

El vendedor, un hombrecito encorvado que tenía un ojo cubierto con un parche negro y con el otro lo miraba todo de manera aguda, ladina, se colocó junto al organillero.

-Sí, estimados señores -recomenzó Tomás con una voz tan fuerte que parecía estar pronunciando un discurso-, terrenales y celestiales, la música y el amor son ambas cosas. Ahí está el piano, el Dios artista se sienta frente a él y hace fluir tonos, esos tonos del matrimonio, unos frente a otros, armónicos y disarmónicos, agudos y bajos. Allí está la mujer que es la que guía la melodía en octava, ella es el primer violín y sus hijos la secundan, hasta la voz más aguda del niño de pañales. El bajo arremete contra ese sonido, eleva aquí y allá el dominio del tema y lo pierde de nuevo, sigue a la mujer o zumba y se enfurece... Sí, señores míos, el piano es el matrimonio, no sólo la imagen del matrimonio, sino en verdad el juego amoroso, el nacimiento y la tumba, la rendición y la huida, el abrazo y el pleito; de la misma manera que los miembros de los amantes, así se entrelazan los tonos, se desvanecen, se buscan de nueva cuenta, ascienden jubilosos hasta las alturas de la felicidad celestial y se precipitan hacia la oscura tristeza. El piano es el amor de madre, pues en su interior los niños dormitan para ir hacia la vida. Durante muchas lunas ese cuerpo está muerto, pero luego llega el gran momento, cuando despierta la nueva vida. Aquí se levanta el martillo como el brazo de un niño, allá como una piernita, y una extraña fascinación mana de ese cuerpo de mujer y sale al mundo con un tono y cada vez se llena más de vida; un martillo golpetea sobre otro martillo, un niño sobre otro niño, delicias estremecedoras se deslizan en melodías. Los coros de ángeles cantan su eterna canción y el retumbar de los bajos anuncia el Juicio Final. El cielo se abre, se oye la música de las esferas y la divinidad

habla. Vean las negras teclas, diminutos ataúdes para niños, que se mueven y desde ellos canta la muerte y esta negra caja, ¿no es acaso un gran ataúd, un ataúd repleto de esperanza y resurrección, lleno de amor y amor? Vean la forma alada, las poderosas y negras alas de la muerte, del ángel, ése que acalla toda alegría y todo dolor. Sentir, palpar, oír, pero dense cuenta de que la música es amor y el amor, muerte, y la muerte, vida. Dios mismo...

Al vendedor de frutas se le agotó la paciencia y arrastró el organillo con un rápido movimiento, hizo girar la manivela y, a medio ditirambo de Mundete, estalló la marcha: "Estás loco, hijito".

Tomás fue el primero en celebrar el chiste sonriéndose. Al igual que un oso danzarín agarró el ritmo con un pie y con el otro; le jaló al viejo soldado pordiosero las barbas y luego le aventó una moneda sobre el organillo. Después metió ambas manos en la canasta de las naranjas y comenzó a hacer malabarismos con las doradas frutas.

-Debe ser hermoso jugar de esta manera con los mundos -dijo-. En todo caso, uno debe dejarlos caer -una de las frutas se le había escapado y se fue hasta donde estaba el cerrajero, quien con ademán hosco la pateó. Tomás se disculpó sinceramente y ofreció las dos naranjas, que aún sostenía en las manos, a la dama por la que latía el corazón del cerrajero.

El joven se rió con sorna. -Cuando se le tenga que regalar algo, ya se lo daré yo. Ambos sabemos lo que significa que los señores elegantes les den regalos a las jovencitas, y si usted no se apura a irse de aquí... no terminó la frase, sino que colocó su puño cerrado sobre la rodilla.

Tomás lo miró amistosamente, jugueteó con las naranjas y dijo: -¿Por qué está usted molesto conmigo? Véame, amigo, y contéplese a sí mismo. ¿Cómo puede usted tenerme celos, si es superior a mí en todo?

El cerrajero subió la vista y, al mirar la nariz con granos, se sonrió.

-Usted me echa muchos discursos, que nadie entiende. Pero todos se dan cuenta de que son indecentes.

Sorprendido, Tomás movió la cabeza. -¿Indecentes? -repitió y su pregunta sonó tan infantil que el cerrajero consideró necesaria una explicación de sus palabras.

-Usted habla de música, de organillo y de violín, pero con eso quiere dar a entender otra cosa.

-¿No se ha dado cuenta de que usted también quiere dar a entender otra cosa cuando mueve el martillo? ¿No sabe que está moviendo constantemente ese martillo según ciertos compases? -Tomás tocó la canción de los actores en el piso del vagón-. Cada trabajo requiere orden, música, preste usted atención. Cuando andan los hombres pavimentando calles, suben y bajan el mazo según un determinado ritmo y cuando tiene que levantarse una carga con una palanca, sucede según una melodía -metió el bastón en la bolsa de instrumentos del cerrajero y, mientras hacía eso, como si tuviera que esforzarse mucho, producía extrañas tonadas-: La la la huuup, la la la huuup.

El cerrajero asintió.

-Así, pues, usted sabe que se trabaja de una determinada forma musical y que esto es una regla general de la actividad humana, también para la espiritual, también lo sabe, o por lo menos puede creérmelo. ¿Por qué ocurre así?

El cerrajero contestó aún malhumorado: - Porque así se trabaja mejor.

-Sí, pero, ¿por qué se facilita el trabajo cuando está ritmado? Porque en este ritmo se expresa el más profundo ser de los seres humanos, porque se revive en ellos al niño, que todo tiene que transformarlo en juego; porque la seriedad mecánica es insoportable y se debe cambiar con fantasía. No corresponde a nuestra voluntad concebir las cosas de otra manera que rítmicamente. Escuche usted el golpeteo de los rieles. Desde el primer instante le quedará claro que esos golpes narran algo, cantan algo; es decir, de hecho no lo hacen, pero su oído les atribuye la melodía. Y de la misma manera, lo hace usted con el susurro del viento, con el murmullo del agua, con el chasquido de la lluvia, con el remolinear de las hojas en el viento, con el ladrido del perro, con el girar del volante, con las horas, días, años, con el sol, la luna y las estrellas. Todo eso, suceda de la manera más irregular pensable, las gentes lo vuelven melódico, lo sitúan en las reglas de los compases rítmicos. ¿Por qué? Allí están presentes condiciones compulsivas, que se ejercen por el

simple hecho de estar vivos y que tipos cultivados, como nosotros dos, debemos descifrar. Pero hay algo que usted debe entender sin más. Durante largos nueve meses, el niño está en el vientre materno y, la mayor parte de este tiempo, tiene como única ocupación el latir de su corazón. Lo único que percibe, lo único que debe ser claro para él es el compás regular del pulso. Mucho antes de cualquier influencia de los sentidos, mucho antes del nacimiento, mucho antes de que el niño tenga la más mínima experiencia del mundo, se le acostumbra al ritmo, a un subir y bajar, a un ir de aquí para allá. Y este sube y baja, este de aquí para allá lo encuentra usted por todos lados. Pero el sube y baja más fuerte, enérgico e inolvidable, es el del hombre dentro de la mujer.

El cerrajero lo interrumpió: -Párese con esas porquerías, o voy a darle unos golpes.

-A estas porquerías les debe usted la vida. Recuerde, honrarás a tu padre y a tu madre. Usted no debería llamar puercos a sus padres.

-¿Y qué se trae con mis padres, qué tienen ellos que ver en todo esto? No voy a admitir que meta a mi madre en su mugre.

Tomás sonrió levemente. -Un joven que yo conocía, que conocía muy bien, pues era yo mismo, dijo un día que un amigo le contó la historia de la procreación: Quizá tus papas son así de puercos, mis padres no hacen eso. Usted es muy parecido a ese joven.

El cerrajero titubeó un instante y luego dijo: -Sí, pero uno no habla de esas cosas, por lo menos, no en el tren.

-No -prorrumpió Tomás-, uno no habla de eso, pero uno pasa frente a las muchachas en la locomotora y ésta habla mucho más claro -metió el índice derecho en el puño izquierdo hacia dentro y hacia fuera.

Volver a publicaciones de Georg Groddeck

Volver a Newsletter 25-ex-51